

haciendo ropa para los chicos del asilo.

Se dirigía Carlos al establecimiento con objeto de buscar a Marcelino, cuando de pronto éste que acababa de salir pudo leer en el semblante de su amigo algo extraño. Lo alcanzó y tocándolo en el hombro le preguntó que pasaba.

—Nada, hombre, que vengo de un humor de los perros.

—Vamos, ¿qué pasa?

—Poca cosa,—contestó éste—los malditos días de lluvia coinciden con los días en que sale Gabriela y ya te figurarás si.....

—Oye,—interrumpió Marcelino—¿Y por qué no habrá escrito Elvira?

—¡Hombre! ahora me explico la causa de todo—dijo Carlos fingiendo admirablemente.—Se me había pasado decirte que Elvira recomendó a Gabriela te hiciera saber que no te preocuparas si no te escribía, por que están sumamente atareadas arreglando una ropa para los niños del asilo.

—¿Y cuándo te dijo eso Gabriela?—preguntó alegremente Marcelino.

—El lunes,—contestó Carlos, que se apresuró a cambiar de conversación. ¡Qué mal arreglado está esto! fijate que desbarajuste, si más bien parece un nido de ratas!—dijo señalando un aparador frente al cual se habían detenido.

—Qué me importan a mí los aparadores!—respondió Marcelino a la vez que volvía a preguntar a Carlos:

—¿Dices que fué el lunes?

—Sí, hombre; pero fijate que desorden hay aquí en todo esto.

—Marcelino miró, más no encontraba ningún desorden en el tal escaparate, sino antes bien, que todo estaba artísticamente arreglado.

—Pues a mí me parece que todo está en orden y volviendo al asunto continuó:

—Bueno, me decías que el lunes.....

—Oye chico, dijo Carlos—y..... si vieras que bien me trata el señor Villarreal? Yo esperaba preguntarle que día comenzaremos a buscar el local para el.....pero sigamos adelante, hombre, ya hemos visto bien todo esto, si te parece nos iremos a casa, o a dar un paseo por el muelle.

—Vamos a casa,—contestó Marcelino—quisiera escribir a la señora de Martín.

—Bien, ya te sigo,—contestó Carlos—voy a ver si encuentro al señor Villarreal, y dirigió sus pasos con rumbo opuesto al que siguiera Marcelino.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

EN LUCHA CON LA PARCA.

Serían las ocho de la mañana del siguiente día, cuando Carlos, que no había podido conciliar el sueño pensando en lo que le había dicho el señor Villarreal respecto de la salud de Elvira, de pronto vió

entrar al mismo chiquillo que le había llevado la carta de Gabriela, con un pedazo de papel mal doblado, que le presentó diciendo: «aquí manda la niña.» Tomó Carlos el papel que le entregaba el chico, y despidiendo a éste se puso a leer. No bien había fijado su vista, en aquellas líneas trazadas con lápiz, cuando sintió que un fuerte temblor sacudía sus miembros y el corazón le palpitaba con violencia. La carta, o por decir mejor, el recado, era de Gabriela y decía solamente:

Carlos:

Enloquecida por el dolor, no sé ya lo que hago. No sé como decirte que Elvira está deshauciada de los médicos y toda esperanza se ha perdido. En medio de mi angustia he podido recordar que hay alguien más desdichado que yo y cuyo dolor debe ser mucho más grande, por lo cual me apresuro a decírtelo para que trates de ayudarlo a resistir el horrible golpe que se le espera. Tu

Gabriela.

*
* *

¡Gran Dios! ¿No estará soñando Gabriela? Pero nó; su papá me dijo que estaba grave, que se había puesto muy mala Elvira. ¿Qué haré yo? No tengo valor para decirlo a Marcelino. Esperaré hasta las ocho, y haré lo que me diga el señor Villa-

real; pero en el momento no se lo digo a Marcelino. Bueno, y ahora qué pretexto pondré para no ir con él al restaurant? para eso no se necesita aguzar mucho el ingenio; le diré que voy a casa de Gabriela para hablar con el señor Villarreal. Guardóse el jóven el papel que había recibido y procuró disimular su emoción hasta donde le fuera posible, pues temía que Marcelino, que andaba entonces por las bodegas, volviera presto.

De nuevo volvió á encontrarse Carlos frente a la casa de Elvira. Dos automóviles se hallaban a la puerta del jardín y tres veces pasó sin que notara que en aquella elegante mansión ocurriera algo extraordinario, todo estaba envuelto en el mayor silencio. ¡Quiá! se dijo Carlos, monologando. Tal vez Gabriela haya exagerado al decirme que Elvira está grave, tal vez para estas horas se encuentre mejor. Y poco que me había yo de alegrar que la chica se aliviase, tanto por ella naturalmente, cuanto por Marcelino, quien seguro sería capaz de cometer cualquier atentado contra sí mismo si esto acabara como yo había estado suponiendo. ¡Dios mío, sálvala! Ojalá ya esté mejor, tal vez luego que se recobre, su padre que de seguro solo se interesa por la felicidad de la chica ya no pusiera pretextos de que si tienes, que si no tienes, que si dejas de tener o no dinero. ¿Cuándo he pensado yo, vamos a ver, si Gabriela tiene o no tiene capital? ¿Cuan-

do me ha ocurrido a mí pensar si la chica iba a heredar alguna fortuna el día que el Señor Villarreal muriese? Pero que estupideces estoy yo diciendo? ¿Morir el Señor Villarreal? ¡No lo permita la Virgen de los Peligros! Si es el hombre más bueno que yo he conocido! Tan francote y tan campechano! Lo poco que me gusta a mí cuando me dice: Bueno, ¿Y qué es lo que tú y tus paisanos dan a entender con eso de ¡Rediez! yo he buscado en el diccionario y no he podido encontrar la tal palabra. Hasta aquí llegaba el muchacho en su monólogo cuando de pronto, al volver la cara en dirección al chalet, vió que venía hacia él la persona en quien estaba pensando.

—Y esos médicos que no llegan! dijo el Señor Villarreal en tono afligido.

—Qué ¿sigue mala, señor?—preguntó el jóven con visible emoción.

—¿Mala? Peor cada vez. ¡Pobrecilla!

—¿Pero a qué médicos se refiere Ud. Señor?

—A los que se esperan de Monterrey, San Luis o México.

—Pues que opinan los que la han visto?

—¿Qué opinan? qué se yo, hijo—dijo el señor Villarreal llamando por la primera vez hijo a quien pronto debía serlo. Carlos, en medio del profundo pesar, sintió tal alegría cuando oyó que le llamaban «hijo», que poco faltó para que abrazara a su futuro suegro.

—Y dice Ud. señor, que está peor cada

vez?

—Ojalá y a mí únicamente me parezca así; yo no entiendo nada, absolutamente nada de medicina, pero como observo que...

—Qué observa usted, señor?—preguntó el muchacho con gran temor.

—Pues mira,—pero daremos unos pasos por aquí—desde hoy como a las tres de la tarde, poco después de haberme parecido que se encontraba algo mejor, he notado algo así como.....bueno....como esa sombra que se ve en el semblante de los moribundos. Yo no se nada, repito, pero para mí, óyelo bien, para mí no creo que esa pobre niña viva hasta el amanecer. Yo creo que se trata de una afección cardíaca.—¡¡Dios mío!! Señor, ¿Y que hará el pobre Marcelino?—exclamó Carlos sin saber lo que decía.

—El señor Villarreal, para quien como se ha dicho, no tenía secretos su hija, respondió:

¡¡Será otra víctima del cruel destino, hijo mío!!

¡Dios santo! pero ¿qué no podría yo pasar a verla?

—Tú, ¡que tontería! Lo que debes hacer es irte en seguida, ir a ver a ese muchacho y tratar de distraerlo o que se yo..... dijo el señor Villarreal. Carlos, al oír esto, no pudo contenerse más y casi entre sollozos dijo a su futuro suegro—perdone usted que se lo diga, pero ya Gabriela me había escrito, tal vez usted se disgustará, pero ella me decía que tal vez fuera prudente avisar a

Marcelino.

—¡Vete! hijo mío, y ruega a Dios nos la alivie—dijo el Tenedor de libros con voz triste y conmovido.

Carlos al volver al establecimiento, notó con sorpresa,—pues ya eran cerca de las diez de la noche—que Marcelino no se encontraba en la habitación. Iba a lanzarse de nuevo otra vez a la calle en busca de su amigo, cuando éste se presentó en la puerta de la habitación y alzando los brazos y retorciéndolo sus manos con desesperación exclamó:

Es inútil que trates de ocultarme lo que sucede: Sé que Elvira está enferma, acabo de oír una conversación, y desobedeciendo al mandato de su padre he tenido que ir a rondar el chalet. No he observado nada de anormal, nada que pudiera indicarme que había allí un enfermo de gravedad, no había ningún vehículo a la puerta, todo estaba tranquilo y el edificio presentaba su aspecto habitual; las mismas ventanas iluminadas como de costumbre. Con todo este aspecto tranquilo, sin embargo, escucho un grito que sale del fondo de mi ser y me dice: ¡Tu Elvira está muy enferma! ¡Tu Elvira se muere!

—Pues yo he sabido,—dijo Carlos, que Elvira estaba algo indispuesta. Fuí a dar una vuelta por allá con objeto de ver si podía ver a Gabriela; salía el señor Villarreal, a quien acompañé hasta su domicilio; pero él no me dijo nada respecto de la enferme-

dad de Elvira, solamente que Gabriela está haciéndole compañía, pues ya sabes tú que Elvira vive sola con su padre.

—Yo quiero verla; quiero verla inmediatamente, dijo Marcelino desesperado.
Y la veré vive Dios!

CAPITULO DECIMO QUINTO.

LA ETERNA HISTORIA.

Nadie supo entonces lo que entre la señorita Elvira y su padre pasó, la noche que tuvo verificativo la conferencia con Marcelino, después de la cita, de donde fué arrancado bruscamente el pobre joven para torturar su delicadeza con el meticuloso interrogatorio a que fué con tanta crueldad sometido por el señor X. A partir de ese momento, la escena de la entrada de la casa debía marcar una nueva etapa fatal en la existencia de la sensible y enamorada niña, que había de llevarla más tarde e inexorablemente hasta el sacrificio.

La servidumbre de la casa sólo pudo observar que padre e hija permanecieron encerrados en el gabinete del primero, hasta muy entrada la noche. Se escuchaban voces que luego denotaban el tono de una disputa y a veces el de un altercado. Se apagaban, se perdían por algún rato en el silencio de la espaciosa casa y en seguida se de-